



JOAQUIN SILVA DIAZ

POR JOSE VICENTE BALLESTEROS.

¿Se puede ser músico, se puede ser poeta sin amar la soledad? Desconfiad de todo artista, de todo hombre que no escuche cantar al silencio. El poeta de "Sainte", Estéfano Mallarmé, lloraba a su santa "Muscienne du Silence". Y Joaquín Silva Díaz, como todo ser profundamente espiritual, se siente a gusto en el regazo aterciopelado del silencio. Sed de música callada, de soledad sonora, saciada en las luchas de su espíritu superior. Por la mente alucinada del maestro vuelan imaginariamente recuerdos acústicos de toques musicales benditos, en la sublimidad heroica del instante junto a hondas lagunas de silencio.

Nace Joaquín Silva Díaz, en Cumaná capital del Estado Sucre. Parte a los 17 años de edad, hacia París con la idea de obsequiar a la humanidad lo más sublime de su mundo interior. No sé, si han de faltarme vocablos para hablar de este artista y maestro venezolano; pues tengo dolido el sentimiento y una niebla cubre los rincones de mi alma. Pero el espíritu musical de Joaquín Silva Díaz, me dará en estos momentos en que me siento profanador del ambiente, el verbo, como a las aves de la mitología Chibcha que iban esparciendo surcos de luz hasta convertir los espacios en una bóveda rutilante de alabastro.

Joaquín Silva Díaz, no sujeto a nadie ni a nada; en un momento de inspiración, da rienda suelta a su impulso y pone proa de su nave artística hacia la Ciudad Luz. Realiza allí en el espíritu el bautismo sinfónico de la metralla en la primera Guerra los más sublimes ideales de su vida privilegiada. Recibe su corona Mundial. Purifica su arte, entre el estrépito y el dolor de los caídos; y a manera de Arco Iris, su alma flota por sobre la inmensidad del mundo. Conoce más tarde a su más grande intérprete; Elena Sadoven, soprano de fama mundial y de nacionalidad rusa. Cantante y pianista viajan desde Polonia hasta Portugal, dejando en su brillante travesía toda la vida de un pueblo a través de la música de sabor a tierra virgen y calor en el corazón.

La música va tomando en su vida inquieta, nueva forma y nuevo color; las notas de su tierra nativa, le elevan el alma fuera del mundo, deleitándole el espíritu.—"Hay que saber comprender,—dice el maestro—. Hay en nuestra música una modalidad que vive mientras el mundo viva".

En aquella tarde en que lo encontramos en su casa de habitación bullicio caraqueño, estaba semi-dormido sobre los amplios almohadones de su inspiración musical, sobre el edredón ambiente del barrio aristocrático, donde el artista ha buscado su tranquilidad espiritual para soñar. Lentamente, a medida que avanzaba la conversación, iba invadiendo y haciéndose presente en la policromía de los cuadros, de la oscuridad y el ébano del piano algo misterioso y divino que extasiaba nuestros espíritus. La música fuerte, dulce y sencilla como todos nosotros.

JOAQUIN SILVA DIAZ

POR JOSE VICENTE BALLESTEROS.

¿Se puede ser músico, se puede ser poeta sin amar la soledad? Desconfiad de todo artista, de todo hombre que no escuche cantar al silencio. El poeta de "Sainte", Estéfano Mallarmé, llaba a su santa "Muscienne du Silence". Y Joaquín Silva Díaz, como todo ser profundamente espiritual, se siente a gusto en el regazo aterciopelado del silencio. Sed de música callada, de soledad sonora, saciada en las luchas de su espíritu superior. Por la mente alucinada del maestro vuelan imaginariamente recuerdos acústicos de toques musicales benditos, en la sublimidad heroica del instante junto a hondas lagunas de silencio.

Nace Joaquín Silva Díaz, en Cumaná capital del Estado Sucre. Parte a los 17 años de edad, hacia París con la idea de obsequiar a la humanidad lo más sublime de su mundo interior. No sé, si han de faltarme vocablos para hablar de este artista y maestro venezolano; pues tengo dolido el sentimiento y una niebla cubre los rincones de mi alma. Pero el espíritu musical de Joaquín Silva Díaz, me dará en estos momentos en que me siento profanador del ambiente, el verbo, como a las aves de la mitología Chibcha que iban esparciendo surcos de luz hasta convertir los espacios en una bóveda rutilante de alabastro.

Joaquín Silva Díaz, no sujeto a nadie ni a nada; en un momento de inspiración, da rienda suelta a su impulso y pone la proa de su nave artística hacia la Ciudad Luz. Realiza allí píritu el bautismo sinfónico de la metralla en la primera Guerra los más sublimes ideales de su vida privilegiada. Recibe su esfera Mundial. Purifica su arte, entre el estrépito y el dolor de los caídos; y a manera de Arco Iris, su alma flota por sobre la inmensidad del mundo. Conoce más tarde a su más grande intérprete; Elena Sadoven, soprano de fama mundial y de nacionalidad rusa. Cantante y pianista viajan desde Polonia hasta Portugal, dejando en su brillante travesía toda la vida de un pueblo a través de la música de sabor a tierra virgen y calor en el corazón.

La música va tomando en su vida inquieta, nueva forma y nuevo color; las notas de su tierra nativa, le elevan el alma fuera del mundo, deleitándole el espíritu.—"Hay que saber comprender,—dice el maestro—. Hay en nuestra música una modalidad que vive mientras el mundo viva".

Aquella tarde en que lo encontramos en su casa de habitación, bullicio caraqueño, estaba semi-dormido sobre los amplios almohadones de su inspiración musical, sobre el edredón ambiental del barrio aristocrático, donde el artista ha buscado su tranquilidad espiritual para soñar. Lentamente, a medida que avanzaba la conversación, iba invadiendo y haciéndose presente en la policromía de los cuadros, de la oscuridad y el ébano del piano algo misterioso y divino que extasiaba nuestros espíritus. La música fuerte, dulce y sencilla como todos nosotros.

Las notas poblaban el ambiente y revive la alegría de nuestra música. Ante el milagro de la creación artístico de Joaquín Silva Díaz, los profanos rendimos en silencio el tributo de nuestra admiración, como el mejor homenaje a la apoteosis triunfal de su arte, que puede ser criticado, pero jamás superado; ya que cada espíritu construye su morada, y, tras su morada un mundo, un cielo; por eso Joaquín Silva Díaz vive al amparo del lírico Universo de su piano, y tras ese piano, está el mundo de la música están su vida, su gloria y su eternidad. Silva Díaz está cumpliendo un destino en el arte y por el arte. Todo su genio lo ha puesto en su vida y su obra, habiendo en el artista, un equilibrio permanente entre el mundo real y el mundo irreal, es decir, entre el cerebro y el corazón, entre el pensamiento y el sentimiento, para cumplir aquello que exigía Wilde, de "que todo robusto irrealismo artístico, exige un realismo convencido en la vida".

Se ha acercado al piano el maestro, y al escucharlo han desfilado por nuestra memoria esa legión de músicos-creadores, que vivirán en el corazón de cada uno de los habitantes de la tierra Beethoven, esa columna inmensa, creadora de la "Novena Sinfonía"; Mozart, el autor del inmortal "Requien"; Wagner, el tupefacto; Gluk el de la "Danza de los Espíritus"; Albéniz, lírico y turista, aventurero y lector de Julio Verne; Liszt, comerciante-músico; Schubert el romántico, el de la célebre "Serenata"; Gounod, el dulce temperamento demostrado en su música religiosa; Debussy, el simbolista, el reformador, el dueño de los colores, de la gama musical; Ravel, con su clara alegría y su dulce tristeza; Sibelius el fantástico, pero siempre escéptico; Ponchielli, el de la famosa "Danza de las Horas", de la ópera Gioconda, montaña infinita, inconmensurable; y Silva Díaz, que sumerge sus manos como húmedos palomas becquerianas, en el río espiritual de América y España, para crear sus inspiradas "DANZAS VENEZOLANAS", llenas de color y sonrisas, y sus "CANTARES", inspirados y fortificados con llanto de los ángeles, para recorrer el secreto de nuestra sangre y nuestra raza.

Nos hemos despedido del maestro, y al hacerlo tenemos certidumbre de que es él, el único amigo que nos ha amado en la vida, pues su arte lo coloca más cerca de DIOS.

J.V.B.